

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16
Por seis id.	32
Por un año.	60

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. . .	24 reales
Por comisionado.	26

ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

BALADA.

(Traduccion del aleman.)

I.

La ex-virgen de los cabellos rubios suspira.
¿Por qué suspira la ex-virgen de los cabellos rubios?

¡Ah!!

Ha visto salir el sol por Oriente, y recuerda pasados dias de ventura.

Una mañana salió de su castillo la ex-virgen de los cabellos rubios seguida de sus palafreneros, que lloraban como unos zánganos.

Trahilla de perros seguia á la casi-doncella. Y al lado de los sabuesos que iban olfateando la caza, caminaban monjas y frailes con la cabeza baja y las manos en los bolsillos.

Era aquel dia el destinado para las grandes desazones.

II.

¡Allá vá la cabalgata! ¡Allá vá la gentil señora!
¡Tejed coronas, energúmenos sensibles, entapizad de flores su camino!

Espesa nube de polvo se levanta. ¿Qué polvo será ese? Tres veces lo han visto alzarse los caballeros. Tres viajes han hecho, acompañando á la ex-doncella de los cabellos rubios.

Mas ¡ay! que al dejar el castillo esta vez, todos presagian desdichas.

Por donde quiera que van, encuentran el vacío y sus almas se pierden en lo infinito.

Pasaron ¡ay! los tiempos en que la generosa niña hallaba servidores y amantes.

Está sola; ¡solita como un hongo!

Ya llegan á la aldea; ¿oís el tamboril? Los alegres aldeanos cantan y beben; y es el estribillo:

Bebed, cantad,
riamos, riamos,
¡lucidos estamos!

III.

¿Quién es aquel caballero que se acerca á la ideal lechuguina?

¡Ah! ¡Yo le conozco! ¡Yo le he visto! Mensajero de victorias, anunciador de venturas, apareció en los aires en una batalla que dieron los bravos españoles de otros siglos...

Se acerca y dice:

Yo soy Juan Yago el grande
y es mi deseo...

Le interrumpe la bella diciendo:
pues, hijo, no me sirves,
que eres muy feo.
Y él... huye luego despavorido.

IV.

Oid, oid, oid.
El eco de las trompas de caza hiende los espacios.
La monja ha tendido las alas.

¿Adónde van los caballeros? ¡A cazar... á cazar gangas!

La bella de los cabellos de oro da el ejemplo.

¿Y dónde está la bella de los cabellos de oro?

Se ha perdido en la espesura seguida de sus caballeros.

V.

Vedla, jadeante, tendida sobre el verde césped.

¡Sueña!

Sueña... que un leon se despierta y vá á acometerla. Sueña que una horda de monjes le apunta al pecho con Cristos de palo; sueña que un pueblo hambriento le enseña los harapos, diciendo:—¡Mira lo que semos!

Despierta... y se vá á tomar un chocolate con picatostes.

VI.

Venid, los trovadores y cantad su vida.

Venid y cantadla, que sino, malditos estais de Trajanópolis.

Venid y decid conmigo:—«Dulce amiga mia, mis compañeros están tejiéndote una corona de siempre-vivas.

¡Cuánta será su pena el dia que te la pongas!»

Eusebio Blasco.

CARTA VIZCAINA.

Sr. Director de GIL BLAS.

Nunca, señor, con mas gusto cogí pluma para escribir verdades noticias buenos.

Ya sabe, señor, que era yo un motilá chiquita, y fuí al árbol de Garnica, que con sombra grande guarda libertades fueros patria padres de provincia.

—¿Este es el árbol de la patria? pregunté á un anciano de cabellos canas.

—Bai, me respondió.

—Escarrisco, añadí con el respeto que á la ancianidad debe todo hijo bien educada.

—Egnon, volvió á decir el hombre vieja, que es lo mismo que cuando castellanos dicen: buenos dias.

Ahora paso á dar razon del recibimiento que han hecho á O'Donnell mis paisanos.

¡Ah! señor GIL BLAS, el entusiasmo era tan grande, que no cabia en plaza!

Veinte mil fósforos de Yurrita no dan luces tantas como las velas de sebo que ardian en honor del vencedor de moros y demócratas,—enemigos todos de fueros libertad religion padres de provincia.

Nascachá politas salen calles y sacan pañuelos blancos como cuando en los toros dicen de los tendidos: ¡no, no, perros, perros!

¡Era entusiasmo mucha!

Un tendero de Barren-calle me decia anoche que habia despachado cincuenta mil varas percal encarnado amarilla.

—¡Demonio! Percal tanta, ¿para qué?

—Para banderolas.

Así estaban balcones casas todos.

En San Sebastian botes banderolas en el agua y nascachá politas en paños menores gritan con boca abierto: ¡viva el vencedor de Africa y del obispo de Tarazona!

Como eran gritos gordos, entra agua y por poco ahogarse de entusiasmo.

Trofeos adornos sacan los pueblos: pendones abundan, uno de Azpeitia tiene pintada figura como un fraile al revés.

Este suelo está sembrado de recuerdos de guerra civil.

Allí el lugar que guarda cenizas de mil valientes!

Este otro sangre que dice: ¿por qué corrí?

Oñate corte real.

El padre Cirilo rogaba mas allá á Dios porque Don Carlos triunfase de Doña Isabel.

Don Sebastian estudiaba medios de acabar prenta con cristinos, y en un caballo blanca sale para Madrid.

Defendian patria fueros libertad religion padres de provincia.

Se cantaba con entusiasmo:

¡Ay, ay, ay, motilá,
Chapelgorriá!

¡Noche de Luchana! ¡Espartero! Dos cosas que nunca se apartan de la memoria de buenos bilbainos.

¡General Espartero! ¿Qué han hecho de él los cortesanos? Venga un vaso de sagardúa, que sino me voy á poner de humor mala.

Gente de Madrid mucho, llenas fondas cafés.

Elegantes y bonitas mujeres que á mí, vizcaino y todo, me hacen esclamar:—¡Ole, salero!

¡Oh, aquí hay tambien cada sardinera mas fuerte que el P. Claret!

Pero se me olvida, señor, cosa importante, los curas dicen O'Donnell hereje, gobierno judía, liberales excomulgadas.

Dicen que si esto sigue así, el mar se vá á juntar con la tierra como se junta O'Donnell con Posada para hacer daño.

Buena está el jaleo.

En fin, sabe Vd., señor, que las campanas están aquí boca arriba y los curas boca abajo.

Apuesto una botella de chacolí á que despues de tanto conversacion queda toda en agua de cerrajeros.

Las últimas noticias son que el rey volverá pronto á Sarauz.

Que habrá toros en Bilbao.

Que O'Donnell se ha mandado hacer un baño segura.

Que el patriarca Egaña hará discurso luminosa, en que dirá liberal patriota en las provincias hermanas y absolutista en España.

En tanto seguimos divertidos y bailando de gusto y de entusiasmo

Zorzico berria iruchiqui

Ardodequin libracó oguien.

Y con esto, señor, me despido de Vd. rogando á Dios como buen vascongado por patria libertad religion fueros padres de provincia. Suyo S. S.

Juan Arregoitiamurriocheabaletagorrenneyetazua.

Por copia:

Luis Rivera.

DE BUREO.

Gracias á la lotería que remedia muchos daños, pudo hace poco ir á baños Geroma, la *desteñta*.

Eran de familia siete, y por juzgarlo mas fino, con un coche de camino dieron en Portugalete.

Cual ya prevenido estaba, cedióles su habitacion Felipa, la del meson, que con su amistad se honraba.

Y otros amigos leales ofrecieron muy de veras, una barraca de esteras tapizada de costales.

Geroma, que no era roma, visitas hizo y regalos, y hubo quien se dió de palos por defender á Geroma.

Su esposo, á fuer de bendito, partió sus triunfos con ella, y hasta mas de una doncella le dijo al pasar:—¡bonito!

Lo que ellos allí gozaron, lo que con ellos hicieron, tanto fué que lo escribieron y á la certe lo mandaron.

Y de aquella narración, que mas bien parece un cuento, he pillado yo el fragmento que copio á continuacion:

«Querida Pepa: sabrás que están conmigo las gentes, tan finas, tan *diferentes*, que no puedo pedir mas.

Ayer salieron los chicos de paseo hácia Sopuerta, y al volver, Paca la tuerta se los trajo en sus borricos.

Por la noche *recebí*, y todos los convidados salieron entusiasmados de la cena que les dí.

Las gentes, de gozo inquietas, salen á vernos pasar, y no cesan de gritar:—¡viva el que tiene pesetas!

¿Te acuerdas de Mariquita, que cuando pobre yo andaba apenas me saludaba...? Siempre está aquí de visita.

Y ayer, cuando se marchó, dijo á un sargento segundo:—Nadie la querrá en el mundo como la he querido yo!

A oír misa á Miravalles hemos ido algunos dias, y, verás qué tonterías me han sucedido en las calles.

Agitando su pañuelo, desde una elevada reja, me saludaba una vieja, llena de amoroso anhelo.

Creyendo su intento vano gritó; la ví retirarse, y á poco volvió á asomarse con un gato en cada mano.

Vino en esto un marinero, y al ver que me enternecía, creyó que el sol me ofendía y me puso su sombrero.

En fin, si fuera á contar lo que miro y lo que siento, es posible que este cuento fuera el de nunca acabar.

Pero bástete saber que soy tan dichosa aquí, que, francamente, por mí me alegrara no volver.

¿Mas cómo dejar la hacienda? ¿cómo educar los *chavales*?

¿dónde hallar gentes formales á quien traspasar la tienda?

Sabe, pues, que estamos buenos, y respecto á lo demás, que nunca se gasta mas que antes de venir á ménos.

Y que si envidiarme intentas por mi nueva posicion, ya me tendrás compasion cuando me ajusten las cuentas.

M. del Palacio.

GIL BLAS DE VIAJE.

(ARTÍCULO PRIMERO.)

La locomotora acababa de silbar, el tren partió como alma que lleva el diablo, y yo pasé revista á mis adláteres.

Iban conmigo un señor cura, gordo como Ferrer del Rio y agraciado como Villoslada; un militar, que viajaba de paisano, una rubia encantadora, un periodista moderado y un perro de aguas.

La conversacion prometia ser animada.

El cura.—¡Vaya un calorcito, señores!

El periodista.—Sí, un calor progresista.

Yo.—No lo crea Vd., es un calor *enragée*, neo-católico puro.

El cura.—¡Ejem, ejem, ejem! (*Se limpia el sudor con la mano*.)

La rubia.—¿Van Vds. á Alhama?

El militar.—No, señorita, vamos al cielo.

Yo.—¡Ole! (*Esto aparte, por supuesto*.)

La rubia.—No comprendo... (*Mordiéndolo abanico*.)

El militar.—¿A dónde se puede ir con un ángel?

Yo.—(*Al cura*.) ¿Le ha gustado á Vd. eso?

El cura.—¡Ejem, ejem, ejem, ejem! ¡Caramba con la tos!

(*Saca un periódico*.)

El periodista.—¡Hola, ¡lee Vd. *La Regeneracion*! *El cura*.—¡Siempre! Con perdon de Vds. (*Se pone los anteojos y lee*.)

La rubia.—Yo traigo otro mejor. (*Saca El Casca-*

del.) A ver si está la solucion de la *señora de siempre*...

El militar.—¿Señores, Vds. fuman? (*Ofrece cigarros*.)

La rubia.—Habría que abrir las dos ventanillas...

El periodista.—¿La incomoda á Vd. el humo?

La rubia.—No; estoy muy acostumbrada... ¡qué bonita charada trae hoy!... (*El militar se inclina há-*

cia la niña para ver la charada.)

«La primera y la segunda,

Sirven para dar *mulé*...

Yo.—Si quieren Vds. leer yo traigo el GIL BLAS. *El cura*.—¡Eh! ¡Bonito periódico! (*con retintín*.) *El militar*.—¡Hombre! venga, venga! *La rubia*.—¡Ay! Yo soy muy amiga de Manolito Palacio...

El periodista.—Tiene intencion ese periódico... nosotros le copiamos muchos trozos ..

Yo.—¡Ah! Vd. es periodista...

El periodista.—Sí, moderado.

Yo.—Ya; pues hace tres meses no les hacia á Vds. gracia el periodiquito... lo baldaron Vds. á denuncias...

El cura.—Hicieron muy bien; yo lo hubiera prohibido de real orden. Es un periódico hereje, de malísima intencion, y que no debe leerlo nadie; si yo conociera á los redactores...

Yo.—¿Quiere Vd. algo para ellos? Yo los conozco á todos.

El militar.—Hombre, ¿cómo está Balart de la herida del pie?

Yo.—Mejor. Ahora ha salido para San Sebastian. (*Al cura*.) ¿Con que decia Vd.?

El cura.—Sí señor; dígales Vd. que están dejados de la mano de Dios!

Yo.—¡Ya lo saben!

El cura.—¡Brava desfachatez! ¡Así va todo en este país! En cuanto yo llegue á mi pueblo, voy á predicar en el altar mayor en contra de esa publicacion.

Yo.—Hará Vd. bien; eso es lo que conviene.

El militar.—Sí, eso aumentará las suscripciones. *La rubia*.—A mí lo que me sabe malo es que se metan en la vida privada.

El periodista.—Sí, han dicho cosas de ciertas personas...

El militar.—Eso si es verdad, han dicho cosas que...

Yo.—Han dicho menos que *La Regeneracion*, periódico católico antes que político. (*El cura tose*.)

El cura.—Pero comprende Vd., señor mio, que si esas cosas se hubieran dicho de...

El periodista.—Si lo hubieran dicho de su hermana de Vd. ó de su madre...

Yo.—Hubieran dicho una mentira.

El periodista.—Señores, la verdad es que esto no puede durar.

El cura.—A esta sociedad la falta algo. El mundo está perdido con la libertad... (*Sacando la petaca*.) ¡Calle, me he venido sin cigarros!

El militar.—Tome Vd.

El cura.—Gracias. (*Echa la mano al cigarro*.) Pues como decia, aquí falta algo.

Yo.—Sí, tabaco.

El militar.—Esto lleva mal camino.

Yo.—Justamente. ¿Dónde vamos á parar?

La rubia.—¡A Vicálvaro!

En efecto, el tren acababa de llegar á Vicálvaro. Nos detuvimos dos minutos y el tren siguió su marcha.

El militar.—Señorita ¿va Vd. molesta?

La rubia.—No señor, no.

El militar.—Su fisonomía de Vd. no me es á mí desconocida...

La rubia.—Ni á mí la de Vd. ¿Ha estado Vd. en Valladolid?

El militar.—Sí... ¡ah! ahora recuerdo... calle de Cantarranas...

La rubia.—Número 6...

El militar.—Cuarto bajo.

Yo.—¡Ay! ¡Cómo me gustan á mí los cuartos bajos!

El cura.—¿No ha pasado por allí O'Donnell hace pocos dias?

Yo.—¿Por el cuarto bajo?

El cura.—No, por Valladolid.

Yo.—No sé; me ocupo tan poco de eso...

El cura.—¿Es Vd. de Valladolid acaso?

Yo.—No señor, yo soy de mi pueblo, para servir...

El cura.—¡Gracias!

Yo.—Para servir de tormento á los neos.

El cura.—¡Qué cosas tiene Vd., hombre.

El periodista.—¿Y Vd., de dónde es, si se puede saber...?

El cura.—Yo soy de Baza.

El militar.—Pues hemos servido juntos... Yo he sido de ese batallon.

El cura.—Yo no he servido mas que á Dios: quiero decir que soy natural de Baza.

El militar.—Entonces es Vd. bace...

El cura.—(*Interrumpiendo*) Bicense.

El militar.—Como á los de Mallorca les llaman mallorquines...

El cura.—¡Ejem! ¡Ejem! Ejem!

La rubia.—Yo siento mucho tener que ir á Alhama... tengo carta de San Sebastian y me dicen que aquello está tan animado...

El cura.—*La Regeneracion* dice lo contrario. Con esto de Italia ya no hay entusiasmo. El mundo amenaza ruina... Aquí falta algo.

El militar.—¿Quiere Vd. otro cigarro?

El cura.—Venga, fumando se hace mas corto el camino.

El tren volvió á detenerse al poco rato. Todos bajamos á aprovechar los cinco minutos que se nos concedian. La rubia y el militar se permitieron entrar en el café de la estacion á descifrar la charada. El presbítero se habia colocado detras de una estacada para

GIL BLAS.
CROQUIS DE LOS BAÑOS DE MAR.



- ¡Huy que fría! Pero, mujer, ¿qué hace ese bañero que no viene?
— Yo no lo necesito.
— Pues yo no me meto en el agua sin bañero, que tengo mucho miedo á los bichos, ¡caramba!



Los españoles con el agua al cuello.



Efectos de una ola..... ¡Mucho ojo!

ver si lograba encender el cigarro contra el cual se había conjurado el viento. El escritor moderado había ido á hacer no sé que necesidad urgente. Cuando volví á subir al wagon, cuando observé que por un efecto de distracción mis compañeros de viaje se quedaban y yo me iba, pude hacer las siguientes observaciones que son casi un tratado de historia contemporánea: El militarismo dominaba la situación haciendo suya la rubia; el periodista moderado trabajaba para el comun, y el cura se quedaba en la estacada.

Eusebio Blasco.

CABOS SUELTOS.

¡Por caridad, caballeros, que me traigan el correspondiente de *La Correspondencia*!

Quiero ponerle una corona, una diadema, á lo menos una modesta guirnalda de pámpanos.

Enfin, yo necesito poner algo sobre la cabeza del correspondiente.

He leído sus cartas y me he entusiasmado.

Las he vuelto á leer y me he desmayado.

¡Ay! Si sigo leyéndolas ocho días mas, no me libro del cólera.

Habla el correspondiente de un anciano que al ver al Príncipe de Asturias pregunta:

—¿Quién es ese chiquito?

¡Oh candidez de los primitivos tiempos! ¡Oh respetable ancianidad, que yendo á ver los reyes, quizás despues de muchas horas de espera, cuando los mira aproximarse pregunta ¿quién es este chiquito?

Y el correspondiente trasmite este rasgo á la historia.

¡Dádme una hoja de parra para cubrir la desnudez intelectual del autor de estas correspondencias!

Pero ¿qué es esto comparado con la vieja que, pareciéndole poco el pañuelo, saluda á los reyes con una sábana?

—¡Tapa, tapa!

Otro anciano, en el colmo de su vizcaino entusiasmo, dice como quien no dice nada:

—¡Fuera Carlos V!

¡Fuera Carlos V, que murió hace tanto tiempo! Los años son crueles. ¡Oh ancianidad, yo te respeto, pero el correspondiente de *La Correspondencia* te pone en berlina!

De modo que tenemos:

Un anciano que al ver al príncipe pregunta ¿quién es ese?

Una anciana que saluda con la sábana. Eche Vd. rumbo.

Y otro anciano que esclama: ¡Fuera Carlos V!

¡Tres rasgos en una sola carta! ¡Ah! esto es demasiado para un hombre solo.

—¿Me quiere Vd. traer el correspondiente?

Y falta lo bueno, lo *morrocotudo*, el ramillete final, —como en los fuegos de los Campos Eliseos.

Los reyes entraron á descansar en casa del señor Uriarte, y solo un perro salió á recibirles, porque los dueños estaban fuera.

Si era un perro de ganado, no lo sé... solo he sabido...

¡que era un perro bien nacido, un perro bien educado!

Lo que no perdonarán los Sres. de Uriarte al correspondiente es el haber hecho saber al mundo que no estaban en casa.

Y en efecto: ¿por qué no estaban en casa?

¿No había siquiera un criado, que tuvo que salir el perro á hacer los honores de la casa?

De dos perros ha de darte, lector, la historia del arte mañana el elogio cierto:

—¡El perro de Dagoberto y el del señor Uriarte.

El obispo de Oviedo también protesta, y también se desfogó.

Yo hubiera dicho algo de este señor, para diverti-

miento de las gentes honestas; pero al ver que se llama José Luis, me he detenido.

¿Quién le dice nada á un obispo que se llama como Alvareda?

¡Ole!

Quisiera ver á José Luis poniendo un par de banderillas á un becerrito; ó lo que es lo mismo, poniéndole dos protestas.

O sino, diciendo aquello de

¡Tiene usted un pié y una mano y un aquel, señá Gregoria...!

¡valiente cacho é gloria pa dale un pienso á un cristiano!

De este lenguaje al de la protesta, no hay ninguna diferencia.

Ambos tienen la *gracia de Dios*. ¡Ole!

La otra noche, en los Campos Eliseos, se acercó un individuo á mirar el ciclorama.

Leyó en uno de los agujeros *Italia*, miró, y despues comenzó á vociferar, asegurando que aquello era un engaño.

—Pero... ¡hombre de Dios! esclamaba otro miron, esta es Italia; yo he estado en ella, y en efecto es así.

—¡Déjelo Vd., caballero, dijo entonces el que despacha los billetes, ese que mira á Italia es un neo, y como todos ellos tienen orden de no reconocerla, por eso se hace el engañado.

Mercado de Madrid.

Hay noticias de que se ha encarecido el vino.

Los demás artículos de primera necesidad están baratos.

Los únicos que cuestan caros son los artículos de algunos periódicos.

Diálogo entre dos muchachas:

—¿Vas á San Juan de Luz?

—No; me gusta mas San Juan á oscuras.

(San Juan es el apellido del novio de esta señorita.)

El cronista que ha de referir el viaje de la corte á las provincias Vascongadas, es el Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, el mismo que organizó la corona poética dedicada al *rasgo*, y el mismo que en una leyenda que escribió en Granada hace algunos años, decia por boca de uno de sus personajes:

En la caverna sonó un gran silencio profundo, ese silencio era yo que soy un reptil inmundo.

Hoy el Sr. Rada y Delgado es, entre otras cosas, abogado consultor de la real casa.

Parece que entre las tropas acampadas en la playa de Zarauz se experimentan muchos ataques de tercianas.

Y digo yo: ¿la decantada hospitalidad de los vascongados, se reduce á permitir á sus compatriotas que se acuesten sobre la arena?

Hemos oído decir que el señor vizconde del Pontón proyecta un gran arreglo que será muy beneficioso para la subsecretaría de Estado.

¡Hombre! ¿Si pensará en hacer dimisión?

El Sr. Tenorio debe hallarse ya á estas horas en Zarauz. No sabemos si ejercerá allí algun nuevo cargo, ó seguirá desempeñando el antiguo.

La *Gaceta* nos lo dirá.

—¿Cuántas clases de terrenos hay?

—Terrenos arcillosos, terrenos calcáreos, terrenos porfiricos, terrenos de aluvion ó de acarreo, etc., etc.

—Pues en todos esos, y otros mas, parece que defenderá sus principios el nuevo periódico *La Dinastía*.

—Lo que quiero yo ver es cómo se defiende á sí propio en el terreno de las suscripciones.

En una carta que el Sr. Bagier ha dirigido á varios periódicos, asegura que el público madrileño aplaudió en el teatro de la Opera á la señora Grissi. El que cree esto, no tiene nada de particular que se crea el mejor de los empresarios.

Y á propósito de empresarios. Parece que el señor Caballero tiene grandes dificultades para formar su compañía.

¿Cómo! ¿No encontrará en Europa cuatro artistas el que encontró en Africa cuatrocientos camellos?

Nos denunciaron unos sueltos sobre *La Dinastía*, periódico.

No es mala ganga la que va á tener mi amigo Izaguirre, fundador de *La Dinastía*.

¡Un periódico cuyo título es indiscutible!

De todos modos, nadie podrá impedir, el día que se publique el referido periódico, que emita sobre él mi opinion, y diga claramente si me gusta ó no me gusta *La Dinastía*.

Las Noticias, hablando de la verbena de San Lorenzo, dice que habia en las calles contiguas á la iglesia del santo, «los consabidos puestos de flores, frutas y otros comestibles.»

¡En comestibles convertir las flores!

¡Vaya unas ganas de comer, señores!

Una cruz de caballero renuncia el neo Clarós; que renuncie la palabra y nos hará un gran favor.

Se estraña un amigo mio de Puente Genil que el gobernador de Córdoba, Sr. Ruiz Higuero, haya separado al alcalde de aquella localidad, hombre conocido y respetado por su tolerancia y su talento.

—No lo estrañe Vd., amigo: se prepara la gran comedia de las elecciones liberales, y los hombres de orden necesitamos tener caciques en lugar de autoridades independientes.

El alcalde de Carmona, un neo á lo Tarazona, forma causa á un escritor.

¡Es mucho alcalde, señor, este alcalde de Carmona!

GALERIA DE CONTEMPORANEOS

Número 21.

Recibió una descarga á quema ropa, tirada á un gran señor á quien servia, y ayudado por él, desde este día le llevó la fortuna viento en popa.

Hizo luego unos viajes por Europa, donde olvidó lo poco que sabia; y ya gozando un alta gerarquía bebió el amor en cincelada copa.

Un cariñoso hermano le dió abrigo cuando triste quizá, quizá olvidado, lejos moraba de su ilustre amigo:

Hoy masca de turrón un gran bocado, y si mentira juzgas lo que digo, no sabes lo que pasa en el Estado.

Por todo lo no firmado,

EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.

MADRID.—1865